

Puesto que el Verbo dice: Este es mi cuerpo, asintamos y creamos, y contemplemos la verdad con los ojos de nuestro entendimiento. Cristo no nos dejó bienes corpóreos, pero nos entregó las riquezas espirituales bajo los velos de lo sensible, para que podamos conocerlas. Si fueras incorpóreo, se habría concedido sus dones, desnudos e inmateriales; pero como tienes el alma estrechamente unida con el cuerpo, te otorga lo inteligible por medio de las cosas sensibles. Muchos dicen: ¡quién hubiera visto su rostro, su hermosura, su vestido! Pues en el sacramento le ves, lo palpas, te lo comes.

¿Qué tan puro ha de ser el que asiste a semejante sacrificio? Más esplendentes que un rayo de sol las manos que dividen la hostia. ¿Y cómo la boca, llena de espirituales ardores, la lengua enrojecida a diario con la tremenda sangre del Cordero? El que los ángeles no se atreven a mirar por el esplendor de su rostro, nos sirve de alimento, con nosotros se úne, y se hace con el que lo recibe un solo cuerpo y una sola carne.

¿Qué pastor alimenta con su propia sangre sus ovejas? ¡Qué digo pastor! Hay madres que después de dar el sér a sus hijos, se los entregan a nodrizas mercenarias. Jesús no consiente en ello: nos apacienta con su sangre y nos hace crecer en El, mediante aquella divina comida.

(San Juan Crisóstomo)

¡Oh sacramento de piedad! ¡oh signo de unidad! ¡oh vínculo de caridad!

(San Agustín)

### Carta

Deseando contribuir, como humilde y sincero católico, a la mayor pompa y solemnidad del Congreso Eucarístico Nacional, me permito enviarle el bellissimo himno, de serena aspiración clásica, de mi venerado e inolvidable maes-

tro el Padre Teódulo Vargas, esperando que será un dón grato para Su Señoría.

De Su Señoría afectísimo discípulo, q. b. s. m.,

CIRO MOLINA GARCES

Al doctor don R. M. Carrasquilla—E. S. M.

### HIMNO EUCHARISTICO

(Inédito)

A Jesús, a mi Dios y bien amado,  
Humilde prisionero aquí en mi pecho  
Con cadena de amor, le tengo atado.  
Con ansias vivas, con abrazo estrecho  
Festéjale, alma mía,  
Y rompa en himno ardiente tu alegría.

La tierra abrióse al verte agonizante,  
¡Oh Rey de gloria y gloria de los cielos!  
De guardar tus despojos anhelante;  
¿Qué haré yo cuando oculto tras los velos  
De la Hostia, Dios vivo,  
En mi pecho asombrado te recibo?

Yo suspiraba en lúgubre vacío,  
Envuelto entre las sombras de la muerte,  
Mas en mí penetraste, oh dueño mío,  
Y un torrente de luz me inundó al verte;  
Y tal es mi contento,  
Que las delicias del edén ya siento.

No es la lluvia tan dulce al mustio campo,  
Ni la fuente al sediento peregrino,  
Ni al orbe, tras la noche, el róseo lampo  
Del astro rey que emprende su camino,  
Cual tras llorada ausencia,  
Es para mí tu divinal presencia.